

### III. EL P. GABRIEL GUARDA Y SU VIVENCIA DE LA VIDA MONÁSTICA





## “ÉL ME ELIGIÓ...”<sup>1</sup>

Gabriel Guarda, OSB

El libro de Tobías narra la hermosa historia del ángel San Rafael que, transfigurado bajo las formas de un amigo bueno, acompaña en largo viaje al joven protagonista. Concluida la aventura, el arcángel revela su identidad, pero al hacerlo nos enseña el sentido con que deben ser publicadas ciertas buenas nuevas: *“benedicid a Dios y proclamad ante los vivientes los bienes que os ha concedido ... Manifestad a todos los hombres las acciones de Dios, dignas de honra, y no seáis remisos en confesarle ... Bueno es mantener oculto el secreto del Rey, y también es bueno proclamar y publicar las obras gloriosas de Dios”* (Tb 12,6).

Se nos ha pedido dar nuestra “experiencia de Cristo”; un testimonio que, por ser muy íntimo y personal, tal vez –o sin tal vez– repugne hacerlo público, pregonarlo. Cuando en determinadas circunstancias, sin embargo, estos testimonios –o cosas más graves– nos son requeridos por la Iglesia, debemos renunciar hasta a lo más nuestro y, simplemente, obedecer...

A la luz de la cita de Tobías, de que bueno es guardar el secreto del Rey, pero también lo es proclamar las obras de Dios, es que nos atrevemos a revelar algo tan personal. No es necesariamente un gran testimonio. Su verdadera dimensión sólo la puede conocer quien lo haya vivido, o el mismo Dios. Pero, pobre al fin, algo atestiguará y acaso pueda ser mejor administrado por el Espíritu Santo...

---

1 Este testimonio del P. Gabriel Guarda apareció publicado en un libro preparado por Hugo Montes en el año 1980, y que llevaba por título *“Mi experiencia sobre Jesucristo. Testimonio de 24 chilenos”* (Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, año 1980). Él tenía 52 años y en el Monasterio ocupaba el cargo de sub prior, siendo prior el P. Eduardo Lagos.

## En el colegio

Mi experiencia de Cristo se confunde con los más lejanos recuerdos de mi niñez, en Valdivia, en forma confusa, con varias asociaciones.

Una de las más nítidas, aunque meramente anecdótica, se relaciona con la abuela, persona muy cristiana que vivía con nosotros y cuyos buenos ejemplos me ilustraron hasta grande, pues moriría de noventa y nueve años. Nos convocaba a los nietos y otros habitantes de la casa al rezo cotidiano del rosario; en las tardes, cuando era invierno, en su cuarto, junto a una hermosa imagen del Niño Jesús, que toleraba incólume mis distracciones y las molestias que deparaba a mis hermanos, aprovechando la luz mortecina que penetraba por el balcón.

En el verano esta ceremonia se trasladaba a la catedral –frente a la casa–, donde había diariamente bendición con el Santísimo, mucho incienso y donde yo, niño, simplemente miraba y rezaba. Como la abuela a la vez presidía la cofradía de Nuestra Señora del Carmen, y en ello desplegaba gran actividad, mi más remota experiencia de Cristo puede decirse que está íntimamente relacionada a la imagen de la Santísima Virgen.

El primer contacto con un sacerdote, según estos lejanos recuerdos, está unido al Obispo Monseñor Eugenín, quien, al correr de los años, en Santiago, me ordenaría subdiácono. Era muy asiduo a la casa, afectuoso con los niños y de constante alegría y buen humor: solía ponerme en la cabeza su solideo, acción que me paralizaba reverente...

Aparecen en seguida los buenos padres salesianos, donde fui enviado a estudiar, pero cuya influencia duró poco, pues, por ser muy mal alumno, fui cambiando sucesivamente a varios colegios, al extremo de ser enviado a uno, tenebroso, en Santiago, interno.

Fue una etapa negra, con toda clase de accidentes, incluidas enfermedades graves. Lo consigno porque tengo muy claro el recuerdo de haber encontrado consuelo sólo en la oración; el nexo sufrimiento – consolación se fijó en mi mente desde mi infancia en mi rudimentaria experiencia de Cristo.

## En la universidad

Estimo mi ingreso a la Universidad católica como uno de los pasos más importantes de mi vida.

Comenzando, porque fue grato: súbitamente experimenté la desconocida sensación de tener inesperado éxito en mis estudios, de obtener buenas notas. La clave estaba en que, desde niño había soñado estudiar arquitectura; en que –en el colegio– durante las clases de física, química, etc. ... dibujaba casas, iglesias y palacios con los resultados –en dichas asignaturas– que eran de esperarse. Ahora, en cambio, estaba en mi elemento: una gran facilidad para el dibujo –que sentía clarísimamente como un don de Dios– favorecía mis estudios; pero a la vez sentía el deber social de ayudar con mis dibujos a los demás; tanto, que por fin fui severamente reprendido. Hube de aprender a dibujar de distintas maneras para, en adelante, no ser sorprendido por los profesores.

Los tres primeros años en arquitectura fueron de una frivolidad total, embriagado por el éxito y las alegres amistades. Como elemento positivo retengo el hecho de que, si yo cambié, no hay que dictaminar jamás tan severamente contra la frivolidad, sobre todo en los jóvenes. Solo Dios sabe el tiempo oportuno para desencadenar el cambio y nosotros sólo debemos atenernos a Su plan, sin juzgar a nadie.

Como factores influyentes en la mutación que a partir de 1951 se operó en mí, destaco el ejemplo de un gran amigo –hoy sacerdote– y dos acontecimientos eclesiales de relevancia: el año Santo (1951) y el Congreso Eucarístico de Valparaíso. Estos eventos, según propia experiencia –y es oportuno recordarlo–, son un tiempo especial de gracia para los hombres, que la reciben en medio de la Iglesia, en la celebración religiosa.

En cuanto al cambio, se podría decir mucho de él; tan sólo me interesa destacar que de ninguna manera fue producto de un esfuerzo personal, sino un impulso nuevo recibido desde fuera; más gráficamente, desde arriba ... Se tradujo en el descubrimiento de una riqueza desconocida, escondida dentro de una fe preexistente que, de improviso, se reveló. El centro se situaba en la meditación del Evangelio, en general, de la Palabra de Dios. La santa Biblia, tan a mano siempre, había sido descubierta, como en los tiempos de Josías (2 R 22,8), y desplegaba ante nosotros algo como energético y vital. El sentido de

nuestra existencia se trastornó enteramente, ordenándose las cosas según nuevas prioridades que yo hasta entonces desconocía. Por otra parte, se me hacía muy sensible la presencia de Dios en todas las cosas y en todas partes. Sentía una sana alegría de vivir.

Cabe señalar que desde entonces frecuenté mucho el Monasterio Benedictino, al cual desde los inicios de mis estudios universitarios había sido atraído, por las características de su liturgia y la personalidad de algunos miembros de la comunidad a quienes tuve el privilegio de conocer. Durante muchos años, sin embargo, no sentí llamado alguno a aquel género de vida que, desde lejos, además, parecía muy difícil.

Egresado de Arquitectura, obedeciendo a un interés permanente por la materia, me dirigí a España a estudiar historia e investigar en distintos archivos y colecciones. Permanecí en Europa desde 1953 a 1956 y esos años sin duda marcaron una huella mayor desde el punto de vista del desarrollo de mi fe, que por los más diversos cauces, se vio ilustrada por ricos contactos y experiencias. Veo este tiempo como un gran regalo de Dios, que se me hacía especialmente presente en el estudio del arte, en la paciente investigación documental, el contacto con comunidades religiosas y la visita a Roma y la participación en una audiencia pública de Pío XII, expresión indefinible de catolicidad. La vida diaria en los lugares habituales de trabajo, Madrid o Sevilla, me brindaron experiencias que condicionaron mucho mi formación tanto espiritual como humana.

De regreso a Chile, me faltaba aún recibirme de arquitecto, lo cual se retardó hasta 1958, debido a diversos accidentes o a alguna auténtica prueba, como fue la muerte de mi hermana, a quien quería mucho.

## **En el monasterio**

Hacia la etapa final de mi proyecto de título irrumpió en mí, irresistible, la vocación religiosa. Aunque a mi alrededor varios amigos habían recibido –y obedecido– ese llamado, y aunque por estar muy cerca de ellos los había acompañado en el itinerario de su vocación, sin haber sentido “contagio” alguno, he aquí que ahora me llegaba el turno a mí y los síntomas eran distintos respecto a los casos que tan bien conocía.

El llamado fue claro y preciso. Si bien los detalles no necesitan revelarse, podría decirse que fue con fecha y hora exactos. Era el Monasterio Benedictino, con cuyo género de vida me sentí súbitamente identificado (como en la elección de mis estudios de arquitectura e historia, me siento muy agradecido de Dios, al haberme llamado siempre sin ningún género de vacilación). Entré al Monasterio a los quince días de haberme recibido, en noviembre de 1958.

El cambio ahora fue total, pues la vida monástica se caracteriza por un radical corte con el mundo y la integración a un sistema con técnicas propias. La riqueza de éste, la inmersión, por decirlo así, en la meditación de la Palabra de Dios, en la liturgia y la oración privada, el estudio y el trabajo manual, en un régimen de discreción y equilibrio obtenido a lo largo de quince siglos de decantadas experiencias, constituyen un gran regalo, por otra parte, difícil de describir.

La llamada “vida contemplativa” que, en realidad, es muy activa, se desarrolla con mucha humildad y simplicidad: con algo de la de Nazareth, donde Jesús vivió toda una vida en el anonimato, sujeto a otros, en la alabanza del Padre junto a María, preparándose para una trascendental misión que no se explica sin aquel antecedente.

Al monasterio se llega a aprender, pues de poco sirven los conocimientos previos. Se viene a obedecer y no a mandar, como es tan grato al “hombre carnal”. En la formación se trabaja mucho con la antigua doctrina espiritual de los Padres del Desierto, que con penetrante psicología escribieron con sencillez auténticos tratados sobre el alma humana... La formación teológica complementa la específicamente monástica. A lo largo de varios años y de un aprender día a día del ejemplo de los hermanos, en un marco recogido y simple, en lugar de disminuïrnos, crecemos y maduramos.

La vida cenobítica, por otra parte, es esencialmente comunitaria, y la comunidad está constituida no por ángeles, sino por mortales que aspiran a la santidad, pero que están lejos aún de lograrla. Es una vida, no ideal sino real, aspecto que encierra alegría y pruebas, gran sentido de lo trascendente y mucha paz. Brinda una gran visión de conjunto de las cosas, los hombres, la fe, sin la cual no se entiende absolutamente.

Para mí, esta vida podría decirse que fue la evolución natural de todo lo vivido antes y su lógica consecuencia. La conocía bien antes de entrar, por unos

ocho años de contacto semanal y profundo. Por otra parte, se centra en los grandes principios del cristianismo, y la santa *Regla* no es otra cosa que el Evangelio ... A esta luz, el sacerdocio y su ministerio, la arquitectura, y los estudios históricos, todo, visto desde el ángulo del Monasterio, tiene características propias y se ordena a un fin armónico, en que todo se jerarquiza desde un punto de vista sobrenatural: “*no anteponer nada al amor de Cristo*”, sentencia san Benito en un lugar de la *Regla* (4,21).

Mi experiencia de Cristo en este tiempo ha estado ligada mucho a las lecciones recibidas de personas sabias de dentro y de fuera de la casa que, más que teorizar sobre algo, lo viven en secreto, habiendo tenido uno la oportunidad, y el privilegio, de descubrirlo.

Rica experiencia ha sido atender muchos años la casa de retiros del Monasterio, como ser Maestro de Novicios y enseñar. En esto último se puede transmitir lo recibido de otros, con nuestra propia experiencia del Señor. El gran contacto con la juventud me ha deparado tantas enseñanzas como las que supone que uno pueda dar. La riqueza de estas relaciones es sólo comparable al contacto diario con el sufrimiento, la asistencia espiritual a hombres a quienes a veces en el momento crucial y más difícil de sus existencias se les revela la plenitud del amor de Dios.

Todo este tiempo de mi vida, como en una gran aventura, ha sido descubrir en todas partes, sin distinción de tiempos, personas y lugares, las manifestaciones de Dios que, como se nos dijo desde el Catecismo, efectivamente está en todas partes, es todopoderoso e infinitamente misericordioso... Al ser ordenado sacerdote hice grabar en el “santito” de recuerdo una frase de Jesús conservada por el discípulo amado, que explica la clave de todo el misterio:

***“No me habéis elegido vosotros a mí  
sino que yo os he elegido a vosotros  
y os he destinado a que vayáis y deis fruto  
y un fruto que permanezca” (Jn 15,16)***

*Abadía de la Ssma. Trinidad  
Casilla 27021 – Santiago 27  
CHILE*